

## *Soportes para nuestro filosofar*

**Horacio Cerutti Guldberg**

María del Carmen Rovira Gaspar y Carolina Ponce Hernández, comps.,  
*Antología. Instituciones teológicas de Francisco Javier Alegre  
y Ejercitaciones arquitectónicas. Dos antiguos monumentos  
de arquitectura mexicana de Pedro Márquez*. Est. crítico  
de M. del C. Rovira y C. Ponce, pról. de Virginia Aspe Armella,  
trad. del latín Mauricio Beuchot, C. Ponce y María Leticia López Serratos,  
trad. del italiano y nota introd. de José Luis Bernal Arévalo.  
México/Toluca, UNAM/UAEM, 2007, 564 pp.

*...pues no es propio del sabio, lo sabes muy bien,  
que corras a los riachuelos pudiendo beber de la fuente.*

Francisco Javier Alegre

**T**rabajar sobre las fuentes es o, mejor, debería ser un tópico indiscuti-  
ble en relación con nuestros procedimientos profesionales de rutina.  
Constituye una condición básica para el ejercicio disciplinario con  
ciertas posibilidades de fecundidad. Sin embargo, no sólo nos queda  
muchas veces invisibilizado como requisito ineludible, sino que difícilmente  
advertimos los obstáculos y dificultades que se deben enfrentar y superar para  
poder cumplir con este requisito. Y es que las dificultades apenas comienzan  
cuando logramos, la mayoría de las veces con inmensos esfuerzos y obstinada  
paciencia, localizar esas fuentes. Llegados a ese punto, como montañistas  
aventurados, ya quisiéramos sentirnos en la cima –cumbre, coronamiento–  
(¿o en la sima –cavidad grande y profunda, abismo u oquedad–?) Y apenas  
estamos vislumbrándola. Es que se nos aparece aquí toda la cuestión del len-  
guaje y, para complicar más el asunto, de la necesaria traducción en los casos  
respectivos. Y la traducción no es sólo cuestión de *traduttore tradittore*, sino  
además de perspicacia y hasta suerte para lograr contextualizar el lenguaje  
de esas fuentes. Se dice fácil contextualizar, pero el problema es saber hasta  
dónde abarcar con la mirada, qué dejar fuera y qué incluir y, para colmo,  
asumir la diacronía que nos separa de niveles y/o modalidades de lenguajes  
que, incluso, podrían ser parte de nuestra misma lengua. Y aquí ¿ya llegamos?  
No. Falta mucho todavía. ¿Cuánto y qué de la biografía de los autores recoger?

¿Cómo hacerlo? Y, supuesto que lo vayamos logrando, vale decir establecer qué, cómo, por qué y para qué lo dijo, viene a cuento y hasta exigida la necesaria comparación con lo ya dicho antes, durante y después. Comparación difícil, evaluación delicada de lo que aporta al saber colectivo. En fin, sirva este bosquejo para insinuar aristas de las tareas que forman parte de nuestro quehacer profesional y que deberían constituir hábitos —en el excelente sentido del término— no rutinarios ni inerciales. Más bien sumamente fecundos y cargados de virtualidades y potencialidades valiosísimas. Pero, como todo en esta vida, hay que poner manos a la obra y esto cuesta mucho, porque la escalada es larga, penosa, enervante no pocas veces, y sólo una inmensa obstinación, un buen estado físico (y mental), mucha energía y convicción de que vale la pena hacer el esfuerzo y, sobre todo y lo más difícil de garantizar, una buena brújula y excelentes mapas, son necesarios. Y, además, solemos requerir de alguien invaluable: un buen guía, un buen baqueano.

Esto es lo que durante años han encarado Carmen Rovira (¿guía inigualable?) y queridas colegas como Carolina Ponce, Virginia Aspe y las y los integrantes de los grupos que han sabido aglutinar a su alrededor y motivar para encarar las ansiadas ascensiones. Que muchos han ido mordiendo los anzuelos tenemos pruebas al canto. Ahí están las obras comunes, elaboradas con responsable trabajo en equipo, que han puesto a nuestra disposición documentación importante, mucha de ella de difícilísimo acceso. Pero, lo que más tenemos que agradecer es que nos han dado pistas, hipótesis de lectura para poder aprehender en una recepción productiva lo que allí se plantea.

Uno de los veneros de esta fecunda y laboriosa tarea lo constituyen las obras de los jesuitas mexicanos. Mucho se ha trabajado sobre ellos y, nuestras colegas nos muestran lo mucho que queda todavía por hacer.

Para esta obra han logrado convocar la colaboración de destacados y admirados colegas como Mauricio Beuchot y Manuel Velázquez Mejía, junto a traductores experimentados y acuciosos como María Leticia López Serratos y José Luis Bernal Arévalo. Todos y cada uno hacen su aporte para la obra común, colaboración no fácil en nuestros medios académicos tan inundados con una esterilizante competencia individualista. Aquí se advierte la fecundidad de la cooperación generosa, de compartir saberes y esfuerzos, de permitir saborear el resultado de aportes convergentes. Y esto permite incrementar y ampliar la interlocución en una dialogicidad estimulante. Constituye también una invitación y hasta una provocación, en el mejor sentido, a participar. Para lo cual hay que ponerse en condiciones, adquirir estado físico y condición mental apropiada.

La selección de materiales constituye de por sí un desafío. ¿Qué incluir y qué dejar fuera? ¿A partir de qué criterios? Si así, antologado, estamos ante un volumen de casi 600 páginas, ¿cuántas serían necesarias para reproducir la to-

talidad de estas fuentes? ¿Sería indispensable? ¿Lo antologado no cercena la comprensión de lo propuesto por estos egregios jesuitas? Son preguntas que se le acumulan o deberían acumularse a quien lea con cierta atención. Y este equipo procura dar cuenta de todo ello con admirable capacidad profesional. Detengámonos unos momentos para prestar atención a algunas de las importantes indicaciones que nos ofrecen.

El estudio preliminar de Virginia Aspe Armella permite redondear la noción de teología como reflexión racional de la experiencia de la fe. Y conviene que lo digamos así para mostrar que la reflexión se hace desde el interior de la misma fe y no sólo sobre ella. Quizá en esta segunda modalidad existiría mayor apertura de criterios. Pero, aquí es, según palabras del mismo Alegre, “presupuesta la doctrina de la fe” y sobre ella avanza, nos dice Virginia, “la penetración racional de los misterios que es filosofía racional y teología renovada, inclusiva, moderna porque enfatiza que el hombre es ‘capaz’ de Dios en el sentido en que se interroga por Él con su racionalidad” (pp. 12-13). Una de las mayores dificultades para la interpretación ulterior se encuentra aquí ya *in nuce* con todas sus aristas. ¿Estaríamos frente a escolástica —con todas las variantes que se quiera— o ante filosofía moderna, ilustrada para decirlo de una vez? Esta oscilación o enigmática articulación (¿inviabile en el límite?) se hace presente siempre que leemos a los jesuitas y, muy particularmente, a los expulsos. Y nos deja Virginia al respecto muy picados como lectores, cuando culmina con afirmaciones fuertes a propósito tanto de Alegre como de Márquez. “Rechazan ambos la filiación ilustrada y, pese a ello, ya son modernos al adoptar ciertas tesis y metodologías científicas distintas de la escolástica” (p. 29).

Por su parte, Carmen Rovira nos ubica frente a la significación compleja de la expulsión de los jesuitas y, sobre todo, de los vericuetos del conflicto que estaría a la base. En todo caso, muestra con singular sugerencia las distintas manifestaciones del problema en la península Ibérica y en nuestra América. También retoma la cuestión espinosa de la posible determinación de la postura intelectual de la orden en esos momentos y lo dice de un modo que conviene retener: “...es necesario advertir que al pasar a enfocar la posición de la Orden Jesuita ante las propuestas y contenidos de la filosofía y ciencia moderna encontramos en ella distintas posturas que nos muestran el error al que podía conducirnos una generalización” (p. 42).

Esto se pone de manifiesto en el caso de Alegre, particularmente en relación con la teoría hylemórfica y sus consecuencias en relación con la Sagrada Eucaristía. Por ello resultan de tanto interés las palabras con que Carmen prácticamente cierra sus consideraciones y que nos permitimos reproducir.

La lectura del texto de Alegre es en cierto modo difícil por los matices que el jesuita introduce en sus afirmaciones, que, por lo mismo, en

algunos momentos, no resultan tan definitivas; pero este estilo, debido a un justificado temor dado al contexto, era común entre los escolásticos de la época que se abrían a la modernidad y retomaban cuestiones teológicas como la enfocada en estas páginas. Además, Alegre no deseaba anunciar ni menos actualizar la polémica, ya citada, entre su Orden y la Orden de los dominicos, por lo mismo sabía y prudentemente concluye reafirmando lo dicho por santo Tomás de Aquino (p. 61).

De manera muy sugestiva, la doctora Rovira destaca el sentimiento criollo y mexicanista casi *avant la lettre* de estos jesuitas y varios de sus invaluable compañeros. Esto será también subrayado por Carolina Ponce: "...a pesar de la adversidad, sobrevivieron [...] y crearon] un ámbito cultural de espíritu nacionalista, pues son ellos los primeros en proclamarse abiertamente 'mexicanos'" (p. 73).

Y destaca también Carolina, la riqueza de disciplinas cultivadas por estos jesuitas: "¿Francisco Javier Alegre y Pedro Márquez son literatos, poetas, historiadores, filósofos, teólogos? No importa cómo se prefiera denominar a estos intelectuales jesuitas, que son en realidad, en el más extenso sentido de la palabra, polígrafos" (p. 78).

A propósito de Márquez lo destacará también José Luis Bernal Arévalo. "Con espíritu enciclopédico y una apertura intelectual que nos honra, agrega a sus disertaciones arquitectónicas datos que nos lo muestran como experto filólogo latino, neolatino y nahuatlaco" (p. 90).

En fin, no nos resistimos a recordar aquí una pequeña muestra de la sutileza y el cuidado de la argumentación de Alegre a propósito del controvertido tema de la resurrección de los cuerpos. Al respecto y bajo el formato de la *quaestio* medieval recupera, entre otras, la siguiente objeción:

Si resucita el cuerpo espiritual, como enseña el apóstol, o no percibirá por los sentidos, que entonces no existirán, o estará conformado de materia celeste, o de aire o de viento, lo que decían los herejes, no sé cuáles. Ahora bien, en cualquiera de esas dos situaciones que se señalan, no resucitará el mismo cuerpo (p. 405).

A lo cual responde:

[...] que la palabra *espiritual* no debe ser entendida de este modo, sino como la entiende santo Tomás cuando dice: ciertamente, el cuerpo del que resurge será espiritual no porque sea espíritu como algunos mal han entendido o porque por espíritu se entienda la sustancia espiritual,

o el aire o el viento, sino porque estará totalmente sometido al espíritu [...] (p. 407, cursivas en el original).

En fin, sirvan estas breves consideraciones, de ninguna manera para pretender relevarnos de la lectura de la obra, sino al contrario, para incitarnos a ella con grandes ansias de aprovechamiento y, sobre todo, de aprendizaje y aprehensión de múltiples aristas plenas de fecundidad en el esfuerzo denodado de avanzar en el conocimiento de lo que plantearon estos jesuitas polígrafos, primera y básicamente, e, incluso, para apostarle a recuperar partes de sus pensamientos todavía con vigencia y procurar dar un pasito más, como resultado añadido.

Sobre todo en momentos históricos como los actuales, donde la designación del padre Nicolás como nuevo Papa Negro adquiere gran relevancia y nos obliga, aún sin quererlo, a remontarnos a la tradición del admirado padre Arrupe. No menos que novedades y propuestas pertinentes se pueden siempre esperar de una orden tan singular y con historia tan compleja y apasionante.